

de Bara la detuvo bruscamente por el vestido, y ella, procurando desasirse, decía:

— Pero mujer, si es mi primo... La abuela de su mujer y la mía, primas segundas... ¿Cómo voy yo á desairar á un pariente?...

Este, atraído sin duda por el amor de la familia, acercábase en aquel momento al grupo de las señoras; saludólas besando la mano á la Duquesa y á Currita que eran sus más allegadas, y ésta, con mil cariñosas monerías, hizole sitio á su lado, en el banco de hierro.

La conversación giró un momento sobre el viaje de Jacobo, hasta que vino á interrumpirla la entrada del tío Frasquito, que volvía del Pasaje Jouffroy cargado de noticias. Todos corrieron á su encuentro, y Jacobo el primero; más ántes, deteniéndole Currita por el brazo, con familiaridad de prima cuarta de su esposa legítima, le dijo:

—¿Nos veremos, Jacobo?... — Quiero presentarte á Fernandito... Vivimos en el segundo piso, número 120.

—La Duquesa se inclinó al oído de Leopoldina, diciendo:

—¿Oyes?... — Quiere presentarlo á Fernandito.....

Leopoldina hizo una mueca, y replicó:

—Pues entonces... ¿verde y con asa?....

—¡Alcarraza!—concluyó la Duquesa.

Y las dos se echaron á reir, con inocente regocijo.



II.

Engomado, teñido, peinado y reluciente á fuerza de cosméticos, y bailando sobre las puntas de los piés, por no permitirle andar de otro manera el calzado estrechísimo, que le torturaba sin disimularlos del todo dos morrocotudos juanetes, entró con grande prisa en la terraza el tío Frasquito, tío universal de toda la grandeza de España, y de aquellos sus adyacentes de nobles de segundo orden, ricachos de todos cuños, notabilidades políticas y literarias, capigorriones de oficio, aventureros atrevidos y personajes anónimos, que forman el *todo Madrid*, el abigarrado *dessus du panier* del gran mundo madrileño.

Llamábale todo este mundo el tío Frasquito, porque el buen tono así lo había decretado, y él aceptaba complacido el parentesco de todos aquellos cuya sangre azul empalmaba realmente, siglo antes ó siglo después, con la

suya preclarísima; á los demás, sin rechazar tampoco lo apócrifo del parentesco, colocábalos con cierta protectora condescendencia, en la categoría de *sobrinos espurios*.

En medio, pues, de esta familia universal se destacaba el tío Frasquito hacia medio siglo, viendo desfilas generaciones y generaciones, legítimas ó espurias, de sobrinos y sobrinas que nacían y crecían, se casaban y multiplicaban, se morían y se podrían, sin que abroquelado él tras el corsé apretadísimo que sujetaba las insolentes rebeldías de su abdómen, hubiese pasado jamás de los treinta y tres años: los suyos, semejantes á las semanas de Daniel, eran años de años, aunque más complacientes que aquellas, se alargaban ó encojían, según demandaban las circunstancias. Treinta y tres contaba cuando en el año 40 asistió á la boda de la reina de Inglaterra, acompañando al enviado extraordinario de la corte de España, y los mismos tenía cuando en 1853 presencié la de su *sobrino* Eugenia de Guzmán, con el emperador Napoleón III; casamiento desigual, *messa alianza* humillante que reprobó en absoluto el tío Frasquito, por no satisfacerle del todo la prosapia de Bonaparte, y aunque nunca llegó á relegar al nuevo sobrino á la categoría de los espurios, tampoco consintió en designarle de otro modo, que con el nombre de: *Mi sobrino el Conde consorte de Teba* (1).

[1] Sabido es que la Emperatriz Eugenia, antes de casarse, llevaba por su ilustre familia el título de Condesa de Teba.

Susurraba la leyenda que el tío Frasquito llevaba en su cuerpo treinta y dos cosas positivas, entre las cuales se contaba una nalga de corcho. Es lo cierto, que en el momento que lo presentamos á nuestros lectores, volviendo del Pasaje Jouffroy, para confirmar á sus compatriotas la abdicación del Duque de Aosta, la obesidad había trocado su talle de palmera en puchero de Alcorcon, y el arte, la industria y hasta la mecánica, trabajaban de consuno y porfía, en la restauración diaria de aquel Narciso trasnochado, en riesgo siempre de convertirse en acelga, como en flor se convirtió el antiguo Narciso de la Mitología griega.

El tío Frasquito era soltero, rico, vivía ordenadamente, no tenía vicios conocidos, ni tampoco deudas; era afable, cortés, servicial, complaciente, tenía modales de doncella pudorosa, y cadencias en la voz de damisela presumida. Coleccionaba sellos diplomáticos, bordaba en tapicería, tocaba desastrosamente la flauta y pronunciaba las *erres* de esa manera gutural y arrastrada, propia de los parisien- ses, que imitan en España algunos afrancesados elegantes, y es defecto natural en otros muchos, para quienes se inventó aquello de: *El perro de San Roque no tiene rabo, porque Ramón Ramírez se lo ha robado*.

Diógenes le llamaba de ordinario *Francesca di Rimini*, y á veces *señá Frasquita*, y perseguíale y acosábale por estrados y salones, y hasta en las faldas de las damas donde el afe- minado prócer acostumbraba á refugiarse, con

intempestivos abrazos que le arrugaban y tiznaban la inmaculada pechera, besos extemporáneos que obligaban á la pulcra víctima á lavarse y frotarse con *cold cream*, pisotones disimulados que le deslumbraban el calzado y le reventaban los juanetes, ó bestiales apretones de manos que le descoyuntaban los dedos, poniendo en riesgo de esparcirse por todas partes los treinta y dos componentes que asignaba á su cuerpo la leyenda.

Aquellos dos viejos de caracteres y costumbres tan diversas, eran, sin embargo, dos tipos rezagados de la misma sociedad, dos ejemplares fóciles de aquellos próceres del pasado siglo, manolos viciosos y cínicos unos, petrimitres insustanciales y afeminados otros, que prepararon en España la ruina y el descrédito de la grandeza.

Entró, pues, el tío Frasquito en la terraza con ademanes de doncella atribulada, y todos se agolparon en torno suyo, acosándolo á preguntas... ¡Todo, todo quedaba por nuevas partes confirmado, y el *saue qui peut* era en Madrid general!! ...

Corroborábase la noticia de que D. Amadeo había huído á Lisboa con su familia, y el telegrafo transmitía los nombres de los individuos que formaban el primer ministerio de la recién nacida República.

—¡De la República española!— exclamó el tío Frasquito quitándose el sombrero, con burlesca solemnidad.

Y entre risas despreciativas y observacio-

nes irónicas, comenzó á leer en su elegante carterita, donde estaban apuntados, los nombres de los nuevos ministros... (1). ¡Pero que nombres, Virgen Santísima! ¡Si aquello era cosa de morirse de risa!... Figueras, Castellar, Pi y Margall, los dos Salmerones, Nicolás y Paquito... Córdoba.

—Córdoba, señores, Córdoba!... Ferrnandito Córdoba rrepublicano!... ¡Quien lo creyera, cuando íbamos juntos á casa de la Benaventa, cuando Ferrnando VII lo envió á Portugal con su hermano Luis, detrás del infante D. Carrlos y la Princesa de Beyrral!... Porr supuesto que yo era entonces un niño, una verdadera criaturrra!...

El tío Frasquito no cayó en la cuenta de que según aquellos datos, debió de haber asistido seis años antes de su nacimiento á los saraos de la Duquesa de Benavente, y prosiguió enumerando á los Ministros restantes, Echegaray, Beranger y Becerra!... ¡Santo Dios!... Si esto era para España los coz del asno, y aquellos enanillos de gorro frigio, encadenando al león de Castilla, recordaban aquella grandiosa imagen.

(1) Suponemos que el lector comprenderá que los juicios sobre personas determinadas que aparecen en boca de los personajes de esta novela, no son juicios propios del autor, sino reflejo de los que formaba en aquella época la parte de la sociedad que dichos personajes representan. El autor, que tan sin escrúpulo de ningún género ataca de frente al vicio y á la indolencia, se reserva siempre su juicio sobre individuos determinados, y se haya muy distante de pretender herir personalidad ninguna, por despreciable que le parezca.

Ce grand peuple espagnol, aux membres enervés,
 Expire dans cet antre ou son sort le termine,
 Triste comme un lion rongé par la vermine!

¡Y qué chistosamente cursis resultaban siempre aquellos demócrataz!... ¿Pues no se les había ocurrido lo primero, ir a darle una serenata al interesantísimo D. Emilio, tocando la Marsellesa?....

Ah ça ira, ça ira, ça ira...
 Celui qui s'élève on l'abaissera.
 Celui qui s'abaisse on l'élévera
 ¡Ah! ¡ça ira, ça ira, ça ira!

—¡Qué delicia!—exclamó Currita. ¿Y no les echó él un discursito?.....

—¡Ya lo creo!... Desde el balcón, como cantaba la Nilson en Viena; y luego obsequió á la concurrencia con carrramelos y cigarrritos....

—¡Qué monada!... De seguro que este invierno tendrá recepciones.

—¡Sí! para los ciudadanos *sans culottes*.

—¡Polaina!—exclamó Diógenes. En cuanto cuelgue un jamón en lo puerta, tiene allí á Madrid entero, y tú, Currra, irás la primera. Azoróse el tío Frasquito al oír la voz de Diógenes, y temiendo alguno de sus amagos de intempestivo cariño, fuese escurriendo con disimulo, soltando casi á media voz su última noticia. Anunciaba también el telégrafo que D. Carlos había entrado en España por Zuga-

rrrmurdi, y que aprovechando sus parciales aquella confusión, aprestábanse á hacer un nuevo esfuerzo para apoderarse de la corte.

Disgustó esto mucho á toda la concurrencia, por parecerle más temible el carlismo que la República, y en aquel momento llegó á confortar los ánimos un viejo alto, de aspecto marcial, y largos y retorcidos bigotes blancos: era el general Pastor, hermano de Leopoldina, que volvía del palacio Basilwesky de conferenciar con la Reina.

Entró, pues, el general radiante y satisfecho cual si viese ya en lontananza la cartera de la Guerra, y contestando con sonrisas y palabras huecas á las mil preguntas que de todas partes le dirigían, apresuróse á dar cuenta á la Condesa de Albornoz y á la Duquesa de Bara, de una embajada de S. M. la Reina... Esta las designaba para acompañarla al día siguiente á la capilla expiatoria del *Boulevard Haussman*, donde debía celebrarse la Misa de aniversario, algún tanto retrasada aquel año, del infortunado Lunis XVI; el espectáculo prometía ser curioso, porque los príncipes de Orleans, reconciliados con el Conde de Chambord, asistirían por primera vez en público, á aquellas simbólicas honras.

Abrió entonces el saco de roticias el general Pastor, y dando á entender con cierta vanidad política, que callaba mucho más de lo que decía, confirmó todo lo dicho por el tío Frasquito, añadiendo que la proclamación de la República era un paso gigantesco dado has-

ta la Restauración; que los desordenes más terribles no tardarían en estallar en España, y alarmadas las potencias europeas con los escarmentos de la *Commune* en Francia, se apresurarían à intervenir en favor del príncipe Alfonso. Notas secretas de algunos embajadores extranjeros habían llegado ya al palacio Basilewsky, y Thiers mismo, temeroso de que el zurriago de las monarquías coligadas le deparase á él algún latigazo, negábase á reconocer la nueva República.

Tan sólo Mr. Hamlin, embajador de los Estados Unidos en España, habíase apresurado à reconocer el nuevo orden de cosas en nombre de su Gobierno, presentándose en el Palacio de la Presidencia con todo el ceremonial de costumbre en tiempo de la Monarquía, y asegurando en su discurso, con la truhanesca formalidad de Jonatham en persona, que: "Los Estados-Unidos de América, no podían menos de contemplar con emoción y simpatía, convertido en República, el imperio de Fernando è Isabel."

—¡Pues vaya con el indecente! exclamó Leopoldina Pastor hecha una furia. Para esos yankees farsantes, igual da Figueras que Fernando el Católico, y lo mismo te presenta una corona que un gorro de algodón. ¡*Cotton is King!*... ¡Monísimo!... ¡Y pensar que hace tres semanas bailábamos todas en su casa!..... ¡Vamos! si después de todo resulta que cuando se trata de divertirse, perdemos todas la vergüenza

—¡*Tú divísti!*—gritó Diógenes con grande ahinco.

—Y lo repito, prosiguió Leopoldina. Pero yo le aseguro á ese indecente, que ha de oír de mis labios cuatro palabritas bien dichas... ¡Oh, si yo lo tenía previsto! En el último baile que dió, llevaba medias azules de algodón...

—Como que su suegra tiene en Boston una fábrica.

—¡Qué delicia!—exclamó Currita. Pues cuando den la *Jarretiere* al yerno, ya puede el suegro regalarle la media.

—De seguro que las habrá él anunciado en la Presidencia al terminar su discurso, como aquel *preacher* yankee, que terminaba su sermón:—"Ya os he demostrado, mil buenos hermanos, que sólo por la virtud se gana el cielo. Sólo me resta, para terminar, recomendaros la magnífica sombrerería de Mr. Francis Morton, 24, Catherine Street. Allí todos los artículos son distinguidos y baratos—*Net cash*—Que viene á ser: *No se fia.*"

El timbre eléctrico que anuncia *aux hommes d'équipe* la llegada de nuevos viajeros, comenzó á repetir en aquel instante, y á poco llegó Gorrito Sardona, muy conmovido, anunciando que la señora de López Moreno se apeaba en aquel momento en el *Grand Hôtel* que venía de Madrid, y á poco más le asesinan en el camino.

—¡Tráe una oreja colgando!—añadió tirándose de una suya.

Horrorizòse la concurrencia, y todos salieron á su encuentro, deseosos de ver á la banquera desorejada. La Duquesa, sin embargo, temiendo sin duda que trasladase ésta á sus orejas, las famosas hipotecas que sobre sus tierras tenía, quiso escurrirse por la sala de lectura con tan mala suerte, que fué á toparse en el patio mismo con la López Moreno, su hija Lucy, dos doncellas, un criado, diez y siete baules y un número ilimitado de cajas y sombrereras. La banquera llegaba pálida y abatida, y traía en efecto ensangrentado el lóbulo de la oreja izquierda.

Al verse cogida la Duquesa, salió al encuentro de la López Moreno, exclamando muy cariñosa:

—¡Pero, Romana!...—¿Cómo no me ha avisado V?

—¿Avisar?—exclamó con espanto la López Moreno. ¡Gracias que llego con vida!...¡Qué viaje, Duquesa, qué viaje!...¡Un milagro, un milagro!....

—¡Qué horror!— exclamó la Duquesa.

Y mirando en torno suyo, con la esperanza de que el prodigio divino no hubiera alcanzado también al señor López Moreno, añadió:

—¿Pero dónde está su marido de V?...¿No viene? ..

La tierna esposa hizo otro gesto de espanto, y contestó sin enternecerse demasiado:

—En Matapuerca está.... ¡si es que vive!...

—¿En Matapuerca?— exclamó Diógenes. ¡No puede ser!....Será en Matapuerco....

—No, no; en Matapuerca.—replicó la López Moreno sin comprender la pulla del viejo.

Y rodeada de todos los españoles, que atraídos por la curiosidad iban poco á poco acudiendo, la voluminosa señora comenzó el relato de sus infortunios.....De aquella hecha se llevaba la trampa á la España entera: la gente se escapaba de Madrid á bandadas, y no parecía sino que la rompetá del juicio final había sonado en la corte,

—¡Me alegro!—exclamó Diógenes. A esa trompetilla estoy yo aguardando.....¡Qué cosas han de saberse cuando diga el ángel: Cada peso duro con su dueño, y cada hijo con su padre!....

La Duquesa le hizo callar de un abanicazo, y la López Moreno, llena de satisfacción al verse objeto del interés de todos, continuó el relato de su susto, un susto atroz, una barbaridad de susto.....El tren traía cuarenta y dos coches atestados de gente, que iba á Biarritz, á San Juan de Luz, á Bayona, á cualquiera parte con tal de pasar la frontera. En Victoria añadieron otra máquina, y entraron cuatro compañías del Regimiento de Luchana. ¡Mal!.....Por la noche todo fué bien; pero al llegar á Alsásua, ¡Virgen Santísima!...¡Los carlistas!! Y de pronto—¡¡prurrrruumm!!—¡Una descarga atroz!...

—Pero de repente, hija, de repente; sin avisar siquiera, sin decir agua va: nada, nada, nada.—¡Prurrrruumm!—caiga el que caiga..... La tropa ¡claro está! contesta—¡Prurrrrum!—

otra descarga...Yo muerta, Lucy muerta, debajo del asiento, sin resollar siquiera, y ¡prurrruumm! — arriba — ¡prurrruumm! — abajo, hora y media de tiros.....De pronto, se abre la ventanilla, entra una mano, me arranca una oreja, y se va.....

—¡Qué atrocidad! —exclamaron todos; y Górrito Sardona, con su guasona formalidad, añadió:

—¿Pensarían hacer una chuleta?...

—No, señor,—replicó la víctima algún tanto ofendida. Lo que pensaron fué llevarse un brillante de quinientos duros que traía en ella, y se lo llevaron en efecto...Decían luego que fué un pillete de la estación; pero á mí no me quita nadie de la cabaza, que fué el cura Santa Cruz...Como que esto era en mitad del túnel, á oscuras, y en la pared de enfrente, vi yo la sombra del sombrero de teja..

—¡Qué barbaridad!

—¿Pero V. vió á los carlistas?...

—¿Que si los ví?...Al salir del túnel, en un altito, había un montón de ellos, y en medio uno con entorchados, que era D. Carlos. Lucy decía que no; pero yo creo que sí. Uno chiquitillo, vizco, con barba rubia, picado de viruela, que nos hizo con el puño así..

Y la señora de López Moreno enarbolaba el suyo robustísimo, con gesto horrible de amenaza

—Pero si D. Carlos es muy alto, moreno, con barba negra...Yo le conocí en Vevey...

—Pues vendría disfrazado; no es tan difícil teñirse la barba de rubio.

—Pero es imposible teniendo dos metros de largo, encogerse hasta tener la mitad.

—Podrá ser que me equivoque; pero lo dudo,—replicó la López Moreno, que no renunciaba fácilmente á la honra de haber sido amenazada por un puño real.

El general Pastor oíalo todo complacidísimo, viendo en aquella catástrofe los primeros truenos de la terrible tempestad que comenzaba á desencadenarse en España. De aquel caos había de salir la Restauración y la política del partido dirigía, por lo tanto, todos sus esfuerzos, á excitar y mantener el desorden. Una palabra imprudente del general, reveló á los más avisados que estaba bien al tanto de aquellos manejos: preguntó á la señora de López Moreno, si al salir ella de Madrid, no se decía nada en la corte de levantamientos socialistas en Andalucía.

—¿Y me lo dice V. á mí?—exclamó la banquera con enérgica ira. ¿Pues no saben ustedes lo de Matapuerca?.....

—¡Ay, por Dios, señora!—la interrumpió Currita con toda su aristocrática impertinencia. ¿No podría ser Mata...cualquiera otra cosa?.....

—Pero si se llama Matapuerca...Es una dehesa magnífica en la provincia de Extremadura, de más de tres mil aranzadas, con veinte y siete caseríos... En fin, un pequeño reino

...Era de los frailes Agustinos, y mi marido la compró cuando lo de Mendizábal...

Currita hizo un gesto de resignación pacientísima, y preguntó:

—¿Y qué ha sucedido en el pequeño reino de Mata...esos animalitos?...

—Pues nada; ¡una friolera!.. Que en cuanto proclamaron la República, invadió la dehesa una horda de aquellos bandidos, asesinaron al aperador y á tres guardas, y se repartieron las tierras...López Moreno salió para allá corriendo, y estoy inquietísima...No sé lo que va á hacer....

—¿Pues qué ha de hacer?—exclamó Diógenes. ¡Polaina! Lo que hicieron los frailes Agustinos, cuando su marido de V. y Mendizábal les quitaron la dehesa...¡Tener paciencia!...A cada puerco le llega su San Martín, doña Romano; figúrese V. si no le llegará también á Matapuerca...Amigo, ¡los socialistas, los socialistas!...Esos han aprendido lógica; ahí tiene V. los nuevos desamortizadores....

La López Moreno iba á contestar muy pica-da, pero el general Pastor, frotándose las manos de júbilo, la contuvo diciendo:

—Nos trae V. excelentes noticias, señora... La cosa marcha viento en popa: mejor de lo que yo esperaba.

—¡Pues me hace gracia!—exclamó la banquera estupefacta. No diría V. lo mismo si le hubiesen robado una dehesa, y arrancado

una oreja con un brillante de quinientos duros....

—Nada, doña Romana; hay que resignarse por algún tiempo á ser reina destronada de Matapuerca...La Restauración la restablecerá á V. muy pronto en su trono...¿Y sabe V. lo que estoy pensando?—añadió el general como asaltado de una idea repentina. Que la Reina tendrá mucho gusto en oír de V. misma esas noticias. ¿Tendría V. inconveniente en venir á palacio?....

La banquera pensó ahogarse de satisfacción, y la Duquesa, que se apresuraba á pagarle con honras y relumbrones, lo que no le pagaba en dinero, exclamó vivamente:

—¡Magnífica idea! Yo misma la llevaré... Mañana pido á la Señora la audiencia....

—¡Pues ya lo creo, que la Reina tendrá mucho gusto en oírla!—observó pausadamente Currita...Doña Romana narra muy bien, y usa unas armonías imitativas de muchísimo efecto...Cada vez que dice—¡prurrruumm!—parece materialmente que se huele la pólvora... ¡Qué delicia!..oírle cantar la *degringolade* de Matapuerca!....

—La señora de López Moreno no se enteraba de nada de esto, ocupada en dar gracias, enternecida, al general y á la Duquesa.. El sueño dorado de toda su vida, ser recibida en palacio, iba á realizarse, y no le parecía cara tamaña honra, al precio de una oreja desgarrada y una dehesa perdida.

El general, por su parte, seguía la política de Butrón, barrer para dentro y calculaba ya las copiosas sangrías que en nombre de los conspiradores podría hacer su espada victoriosa, en las repletas arcas de los consortes López Moreno.

—Durante toda esta escena, Currita no había perdido de vista un momento á Jacobo, que escuchaba atentamente sin darse prisa por subir á su cuarto á lavarse y descansar. Al disolverse la reunión, porque la hora de comer se aproximaba, echóle de menos Currita en la terraza: asomó e vivamente á la sala de lectura, salió al patio, y no le encontró por ninguna parte.

Por la escalera de enfrente, subía en aquel momento el tío Frasquito, dando el brazo á su sobrina espuria, la reina destronada de Matapuerca, que se detenía en cada peldaño para ponderarle lo terrible de su susto, lo soberbio de su dehesa, el dolor de su oreja, lo pavoroso de aquellas descargas atronadoras...

—¡Prurrrruumm!

III

La oportunidad es en todas las cosas precursora del éxito, y el llegar á tiempo ha levantado no pocas veces el pedestal de muchas celebridades, y ceñido los laureles á infinitos héroes. Cada carácter requiere, pues, circunstancias especiales que favorezcan, época adecuada que le sirva de marco, *momento histórico* oportuno que le permita desarrollarse en toda su pujanza. Un Hércules en los tiempos prehistóricos, un Cid en los tiempos caballescros, serían un Quijote en los tiempos de la partida doble y el tanto por ciento. Un Espartero y un Mendizábal, por el contrario, hubieran sido en aquellas épocas remotas, prestamista judío el uno, cuadrillero de la Santa Hermandad el otro.

Jacobo Tellez creía haber tenido la desgracia de errar al nacer, en las circunstancias de